

De ultrajes y ultrajados

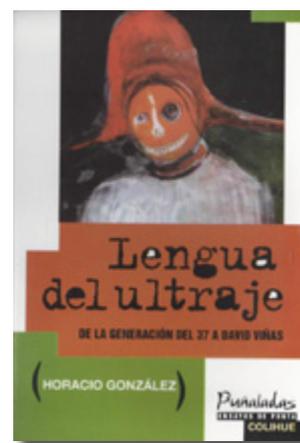
Reseña sobre *Lengua del ultraje. De la generación del 37 a David Viñas*, de Horacio González

Inés de Mendonça

.....
González, Horacio (2012) *Lengua del ultraje. De la generación del 37 a David Viñas*. Buenos Aires: Editorial Colihue. 320 pp.
ISBN: 978-950-563-977-9
.....

“El verdadero ultraje es la callada conversación con nosotros mismos.”

H.G.



Horacio González está escribiendo de un modo oblicuo pero sistemático una historia de la vida intelectual argentina. Luego de publicar su historia de la Biblioteca Nacional se dedicó a recuperar las inflexiones más ásperas del discurso público argentino en *Lengua del ultraje*, publicado por Colihue en su colección Puñaladas. Al decir del autor, su interés consistió en recuperar textos que forman parte de “la memoria lectora y auditiva” de la nación, relejando “papeles” que contribuyen al debate nacional.

Tienta hacer oír a González citándolo largamente y es que nos propone una conversación escrita que está atenta a las exclamaciones, preguntas y también a los susurros que perviven en los discursos que analiza. Aunque no exponga una teoría explícita de la voz, se esfuerza en su escritura por restaurar los ecos de esos otros y discutir con ellos. La noción de memoria auditiva que anexa a la memoria textual resulta relevante en este caso. Preocupado por las voces protagonistas de estas polémicas, interesará cómo se traman las relaciones con “esos otros” que asumen lugares enemigos, subordinados o seductores. En ese sentido, podría dedicarse a analizar la representación en términos políticos, y de algún modo lo hace, aunque se proponga leer específicamente los debates intelectuales de una “lengua política literaria”. Quién se arroga el derecho a hablar por el otro: pueblo, nación, generación; en nombre del conjunto o en contra de un conjunto.

La distinción límite de lo que implica el colectivo “nosotros”, estudiada en particular en relación con la polémica de las *Quillotanas* y las *Ciento y Una*, que enfrentó a Alberdi y Sarmiento, bien puede pensarse como una

de las preguntas centrales que atraviesan el texto. Se está todo el tiempo volviendo a buscar los encuentros y fisuras entre “pueblo” y “lengua culta” y los modos que estos asumen en lo escrito. Los textos de Echeverría, de Sarmiento, incluso los de Borges, no pueden interpretarse, reclama González, solamente desde una mirada antipopular.

González observa el carácter dramático, profundamente humano, del sentimiento del ultrajado y, también, el laboratorio experimental que permite su ejercicio en el seno de la lengua. No da respiro, acumula sus argumentaciones en complejas redes lógico-sintácticas que superponen capas de lecturas, yendo del ensayo filosófico a la pregunta polémica, y volviendo al texto con el que discute o piensa el telar de los ensayos polémicos argentinos y la trama que sustentan. En el trajín, reflexiona sobre las nociones existenciales que condensan el sentimiento de ultraje y la provocación de la afrenta. Sentimientos escritos, racionalizados, invectivas verbales que no dejan de imponer una gestualidad de la lengua intelectual-cultural de este país. La lectura analítica de los intercambios y sus derivaciones convive con la propuesta expansiva de las constelaciones conceptuales. Ultraje, alienación, enajenación, injuria. Duelo, denigración, fusilamiento. Culpa, autoengaño, honor. *Lengua del ultraje* es, de algún modo, como decíamos, una historia de la cultura intelectual argentina, de ciertos hitos de su literatura, pero también, una indagación más general que se abstrae de los sucesos para pensar los procedimientos, los mecanismos que desatan, permiten y sobreviven al acto de injuriar. No quiere decir esto que esencialice la invectiva violenta del ultraje ni que sustraiga a los contendientes de sus circunstancias históricas y vitales, sino que hay en el modo de leer y de pensar esta “última forma del lenguaje” una búsqueda comprensiva de la pequeña dimensión humana. Lo agónico de la vida fragmentada y la insensatez que puede devenir de la desproporción posible del ultraje en la que una ínfima parte pone en duda el todo de una honorabilidad. De ciertos modos de padecimiento y de zozobra que emparentan más que diferencian a los sujetos hablantes del ultraje.

La erudición de González no opaca la pulsión pasional que pronuncia su texto. Una escritura preocupada, de intenso compromiso y ocupada en exhibir (en lo posible) sus propios derroteros y herramientas. Se sabe parte de ese pólemo lector que analiza y no se esconde. Elige textos que son “indicios de un estilo de disputa” leídos como hechos en sí mismos con incidencia en la memoria colectiva. “Organismos que cobran vida propia [...] más allá del mundo histórico al que pertenecen”. En ese sentido, se distancia de otras formas de la indagación histórica, cuestionando los usos más superficiales de los estudios culturales norteamericanos, pero también la insistencia (¿acaso banal?) de las historias de la vida cotidiana o privada y, sobre todo, de ciertas lecturas que, dice, no pueden ver lo que los textos polémicos revelan más allá de su literalidad.

Un punto aparte merece la polémica que propone con Halperín Donghi, a quien González adjetiva con la entrecomillada “posmoderno” para referirse al modo en que utiliza el concepto de mito. Al estudiar la reflexión halperiana sobre Echeverría, González encuentra que la tensión detectada entre realismo y liberalismo, insertos en un sistema de ideas que los contradice, puede servir para describir “el complejo itinerario de este historiador”. Lo que se cuestiona es un tipo de “pesimismo humanista”, “un desencanto de alto vuelo” en el que los hombres producen constantemente resultados opuestos a los que buscan. González descubre en la escritura rizada de Halperín su mayor triunfo, un “talento” que reconoce como “logro evidente” para acercarse a la “forma sinuosa del tiempo” pero que, paradójicamente, intenta situar a los sujetos en el momento en que

estos se encuentran con sus frustradas potencialidades. En última instancia, lo que le reclama es una falta de contacto próximo con la materia que se estudia. El peligro de la narración halperiana, “del historiador sin mitos”, consiste en desconocer el propio mito del historiador y confundir al narrador con la voz de los personajes históricos que convoca, cruzando los tonos de los que se habla con la perspectiva de quién habla desde la “pasión distante de un novelista cáustico”.

Desencantada también se asume la voz de González pero, tal vez, lo que aquí proponga como su diferencia es una postura no descomprometida con la crítica y la acción, que no ataque al mito en pos de la verdad sino que intente escuchar aquello que tienen de agónico las escrituras. Su “grito interno, su obstáculo interior”.

El ultraje, tal como se menciona en este libro, no funciona como equivalente a su sinónimo “injuria”, lo incluye, por supuesto, pero indica algo más: consiste en la sustracción de una parte del sí mismo. Generalmente el derecho a hablar pero, sobre todo, un ataque a la honra que ya nunca quedará intacta luego de un ultraje. La noción de sustracción es la que permite conceptualizar un escamoteo que exceda la dimensión individual para tocar el complejo mundo de las relaciones entre lenguas cultas y cultura popular. Un vínculo inestable y sospechado, de múltiples hurtos. González recurre a Gramsci para buscar una forma de escribir “una historia social a la luz de la cuestión nacional”. Al leer el *Facundo*, por ejemplo, el desafío es encontrar las figuras de conjunción entre la lengua sarmientina y los ecos que trasunta, poniendo en cuestión las nociones mismas que se utilizan. Cuál es la función, la colocación y el derecho a la escritura intelectual. De qué manera un texto como *Facundo* permite pensar contra sí mismo, qué grietas aun se abren en su retórica y qué polémicas anticipa y reformula. En un interesante ejercicio analítico imaginativo, el largo capítulo primero de este libro juega con la posibilidad de leer la polémica entre De Angelis y Echeverría como si el *Facundo* “nunca hubiera existido”. En un ir y venir que inevitablemente vuelve a la escritura sarmientina (a *Facundo* pero también a *Conflicto y Armonías*), este enfrentamiento expone las luchas por el uso de las lenguas (cultas, europeas y también telúricas, populares, locales) y de los documentos del archivo nacional. En este punto es inevitable leer también, en el yo que narra, al director de la Biblioteca Nacional y sus propias políticas en el uso del archivo, de las que las lecturas de documentos como *El Curioso*, periódico editado y redactado por Crisóstomo Lafinur en el 29, o los textos de De Angelis sobre *La ciudad de los Césares* son un mínimo ejemplo. Aquí la reflexión sitúa al lector en el edificio y las distintas salas de la biblioteca, posibilitando un análisis en abismo de las condiciones particulares en que cada “decorado” es objeto de interés para desentrañar la época y la vibración vital inevitablemente presente en una escritura.

La gradación y los subgéneros en los que se manifiesta el ultraje, abordados en este libro, lo convierten, acaso, en un catálogo interpretativo, en un compendio o inventario de estas formas extremas del decir. También en un tratado sobre la violencia cuando la lengua toca al cuerpo, llega al límite cercano que trasciende su ser lingüístico para acercarse a la existencia corporal de quienes portan o usan o instauran la voz ultrajante. “De este itinerario [...] trataremos de obtener una idea general sobre los usos del lenguaje político y quizás una ética provisoria de la acción política”. El despliegue conceptual, de discusión y búsqueda de raíz terminológica, así como las fintas que va abriendo sin atar respecto de la noción de ultraje, son de los aportes subsidiarios a las lecturas específicas que atrapan de este libro.

En su propuesta, González deja instalada la tensión entre una supuesta naturaleza primigenia y el carácter “domesticador” de la cultura. Una matriz verbal en la que se funde (tal vez encorsetando) un caudal de violencia, lucha y temor que permite leer la conversación y su formato escrito epistolar como forma sublimada del duelo.

Los modos del martirologio, incluyendo los textos apologéticos y los cantos fúnebres, brindan exhibición de cómo las mismas palabras se ciernen sobre distintos protagonistas. “Es con las mismas palabras” que se erige la lucha. La lucha por los muertos y por la dignidad de esos muertos puede incluir la coincidencia en el nombre o el atributo. De Angelis y Echeverría discuten sobre esa lista y se disputan a Dorrego. José Hernández volverá sobre ese muerto para reivindicar a otro, El Chacho, y apuntarse unas líneas en la contienda con un duelista excepcional (Sarmiento). Un nombre como Rosas puede también concentrar la discusión de un siglo y más, produciendo versiones sintéticas o desbordadas, como la interesante monomanía verbal de Ramos Mejía.

El combate de amigos-enemigos, desde Sarmiento-Alberdi hasta Viñas con los personajes de su *Tartabul*, arma también el arco de la autonomización de la literatura y de un repliegue de su lengua, cada vez más fracturada, más enigmática pero tal vez igualmente lastimada. La cuestión de los nombres propios puede o no ser relevante, tal el caso del último texto que se analiza en este libro, *Tartabul*, donde menos importan las decodificaciones de lo sugerido o evitado, que los roles, los argumentos y las posiciones (incluso intercambiables) de esas voces que manifiestan un profundo desgarró. Es el sonido polifónico de una lengua que intenta, angustiada, superar lo monológico aun a riesgo de desgajarse.

Otras disputas resuenan en este libro, como las de Mitre y López en su debate sobre la historia, el repiqueteo de Groussac como el hábil comentador que apunta, sobre todo, los excesos mitificantes de Lugones en su cifrada lectura de la historia. Y, por supuesto, Borges, un diestro practicante en “El arte de injuriar”. Leer a Borges permite reiterar la honda motivación que la injuria tiene en el pensamiento honorífico. La ironía, el humor, la adjetivación exacerbada e inútil frente a lo despreciado, el sarcasmo malévoló y distante, manifiestan (además, tal vez, de una inteligencia sutil) la atención constante a probables motivos de ofensa: en la teoría estética, en el arte, en el amor. “El honor en términos de la materia literaria de Borges corresponde al momento en que se restituye una lógica al funcionamiento indiferente de lo real”.

Los “estilos” de los distintos documentos polémicos que se eligen para hacer esta historia exhiben variaciones genéricas e ideológicas. ¿Para qué, podríamos preguntarle al texto, repasar estos embates y revivirlos? Tal vez haya una respuesta en la definición de discurso público argentino que se propone en la introducción. Persistir en la memoria colectiva, generar identidades y, por tanto, excluir otras. “Complementar por las laterales una rara historia nacional” y contribuir con una “reflexión sobre la precariedad humana”. Dado que, como queda explicado en este libro, el honor es la otra cara del ultraje, las relaciones entre “escritura y éticas del existir” están puestas sobre la mesa al restituir los tonos o percibir los ecos de las polémicas. Las literaturas del honor, del ultraje, de la venganza o de la hostilidad tienen en común esa exhibición de la precaria necesidad de fortalecer o disminuir los límites protectores del yo. González se pregunta hasta qué punto un polemista (injuriado o injuriador) participa de la construcción de la escritura de la historia o la literatura argentina.

La sustracción máxima que posibilita el ultraje (la vida) va del fusilamiento al duelo. Y, aun entonces, los ritos honoríficos de ambas prácticas intentan restaurar la salvación del honor.

Como límite corporal del ultrajado, esos códigos supuestamente estrictos protegen el honor del victimario y pueden colaborar a construir el mito de la víctima. La lectura de tres textos en ocasión de fusilamientos develan la ironía cruel de esas ceremonias: el texto firmado por Moreno para justificar el fusilamiento de Liniers, el comunicado fundacional de Montoneros y, como era de esperar, Walsh.

Horacio González se expone en su escritura, si no al duelo, sí a la palestra pública donde su voz queda abierta a resonancias, retrucos y, como anticipa desde el comienzo, a la posibilidad última de ser él también un ultrajado.

Nota al pie

De algún modo, en este espacio marginal, González ejerce con más fuerza una pedagogía de la lectura, retoma los hilos filosóficos que sostienen algunas propuestas críticas que no siempre enuncian sus filiaciones y sugiere atenciones y límites. Hacia el final de cada capítulo de este libro encuentro algo del carácter reverberante que impele al debate, si no injurioso, al menos provocador. Vale la pena recorrerlas como pequeños ensayos, más allá del cuerpo textual del que injustamente parecen depender. Hay notas que constituyen verdaderos estudios críticos, como la que propone una lista de “raros” de la polémica nacional (nota 34, cap. II) que va desde De Angelis hasta Viñas, pasando por Ramos Mejía, Martínez Estrada o Anzoategui; otras que abren disputas que luego cruzarán todo el libro, como aquella donde inicia la polémica con Halperín Donghi y rescata la lectura de Agosti sobre Echeverría; hay momentos narrativos y ensayísticos de alto vuelo, como los paréntesis de las extraordinarias notas 32 y 33 del prólogo –en las que reflexiona sobre el género catilinaria y analiza “¿Qué es esto?” como una comprensión brutal del peronismo–, momento en que cuenta su hallazgo del libro *Fisiología de las sectas* en la casa de Martínez Estrada en Bahía Blanca...

Historizar textos en tanto textos, propone, “meditar sobre las herencias retóricas de la nación” y, en las notas, sobre todo, sin la necesidad sintáctica de la hilación, esas genealogías bibliográficas y discursivas están puestas a disposición de sus lectores. Se abren cánones alternativos y comparte los recorridos propios. Un ejemplo: si la crítica a Shumway permite reclamar la presencia en los currículos universitarios nacionales de más “textos surgidos dentro del drama social argentino”, es significativa la aparición en una nota posterior del filósofo Rodolfo Kusch y su texto *La seducción de la barbarie: análisis herético de un continente mestizo* como una alternativa intensamente divergente para comprender la “fisura” o el “quiebre” cultural argentino.

CV Inés de Mendonça

Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires, donde dicta clases de Literatura Argentina del Siglo XIX. Forma parte del Instituto de Literatura Hispanoamericana. Coordina talleres de escritura y es profesora de Escritura Creativa en la Escuela Superior de Creativos Publicitarios. Ha recibido becas de la Agencia de Ciencia y Técnica, del Fondo Nacional de las Artes y del CONICET. Investiga sobre literatura argentina del siglo XIX, en particular sobre el fin de siglo en Buenos Aires. Ha sido miembro del consejo editorial de la revista electrónica *El interpretador. Arte, literatura y pensamiento*, donde publicó frecuentemente poesía y ensayos críticos.